

Verdades que unen.
Mentiras que atan
Conexiones e interdependencia.
La nueva vida de la sociedad vasca

Ander Gurrutxaga Abad

eman ta zabal zazu



Universidad
del País Vasco

Euskal Herriko
Unibertsitatea

CIP. Biblioteca Universitaria

Gurrutxaga Abad, Ander

Verdades que unen, mentiras que atan : conexiones e interdependencia, la nueva vida de la sociedad vasca / Ander Gurrutxaga Abad. – Bilbao : Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea, Argitalpen Zerbitzua = Servicio Editorial, D.L. 2021. – 271 p.; 23 cm. – (Ciencias Sociales ; 28)

Bibliografía: p. [259]-271.

D.L.: BI 02118-2021. – ISBN: 978-84-9860-809-0.

1. Identidad colectiva – País Vasco. 2. País Vasco – Condiciones sociales. 3. Cambio (Sociología). 4. Sociología. 5. Civilización – siglo XXI.

316.32(460.15)“20”

Foto de portada / Azaleko argazkia: Jesús Angel Miranda

© Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco
Euskal Herriko Unibertsitateko Argitalpen Zerbitzua

ISBN: 978-84-9860-809-0

Depósito legal/Lege gordailua: LG BI 02118-2021

Índice

Introducción	9
1.^a parte. ¿Quiénes y cómo somos?	21
1. Preguntas sin respuestas. Mirar y pensar los contextos	21
2. Miradas y contextos	24
3. La mutación de la tecnología	28
4. Las estancias en los márgenes de la política. Las sociedades auxiliares	29
5. Los peligros de la desconexión	35
6. Volver la mirada hacia Asia	38
7. Hablemos de la desigualdad	43
8. Los riesgos de la democracia	47
9. Democracia e historia	56
10. La salud de la democracia	60
11. Formas y razones de la democracia	62
12. Problemas para la democracia	64
13. El poder de la tecnología y la democracia	65
14. Hacerse cargo del populismo y las identidades reactivas	66
15. De la política de la imitación a la política cuántica	75
2.^a parte. Conexiones y cosidos en la sociedad vasca	93
1. Conexiones y emergencias	93
2. Mutaciones estructurales	96
3. La caja de herramientas	99
4. El sentido del cambio institucional	101
5. El modelo institucional en el País Vasco	105

6. Criterios del buen gobierno	109
7. La sociedad abierta	112
8. La construcción del futuro.	116
9. La fuerza de la imitación creativa	118
3.ª parte. Futuros, conexiones y cosidos en la sociedad vasca	123
1. Cómo ser y vincularse	123
2. La emergencia del problema. Sociedad y bienestar	130
3. La historia del bienestar en el País Vasco	135
4. Confianza, identidad y memoria	140
5. ¿Cultura posidentitaria?.	144
6. La política posible y las aspiraciones sociales	146
7. La confianza sociopolítica.	147
8. Los puntos de llegada	150
9. Sobre el futuro de las políticas	156
4.ª parte. Mundos abiertos o futuros cerrados.	161
1. La pertenencia en contextos tecnológicos	161
2. La caja de herramientas	169
3. Leer la innovación.	174
4. La gestión de las emociones	184
5. Algunas cuestiones abiertas	186
6. ¿Es posible ser en el siglo XXI? Comprender el cambio después de la COVID-19	190
5.ª parte. Enigmas del futuro.	217
1. El futuro industrial	218
2. Los descubrimientos de la crisis industrial	219
3. La emergencia demográfica	222
4. Las definiciones y consecuencias de la pandemia de la Covid-19.	225
5. Valores sociales y políticos	227
6. Los objetivos buscados. Las aspiraciones sociales	229
7. La llegada del mañana. El final del carisma	231
8. El relevo generacional	234
9. Citarse con el cambio climático	238
10. A la espera del futuro	242
6.ª parte. Conclusiones. Las formas de vida.	247
Referencias bibliográficas	259

Introducción

Este libro trata sobre cambios, conexiones e interdependencias. Lo titulo *Verdades que unen. Mentiras que atan*. El análisis está condicionado por realidades que confluyen; verdad y mentira son el juego que propongo para demostrar que ni una ni otra atesoran conclusiones incuestionables. Es el juego donde *simular* y *disimular* no son realidades empíricas, sino dos expresiones de lo que quizá puede ser. Es el mundo de las conexiones y para comprenderlas hay que entender cómo se cose y ata el pluralismo radical. La pregunta «¿quiénes somos?» tiene que ver con las verdades y las mentiras que aglutinan las respuestas alrededor de: *somos porque estamos*. La clave está en la capacidad para institucionalizar las instituciones de la vida cotidiana. Es la vida cotidiana; los mínimos comunes que la organizan producen el cemento necesario para articular la diversidad y las diferencias.

Mi hipótesis es que los cambios estructurales construyen la época que adquiere características singulares en relación con situaciones pasadas. Hay dos hechos que emergen como grandes jugadores del tiempo presente: 1) hay que escribir y reflexionar sobre los efectos que tiene el poder tecnológico en las esferas de la vida; 2) comprender las nuevas rutas y los sentidos de la globalización. La conexión entre tecnología y globalización condiciona el mundo nuevo y el sistema de poder que emerge en el siglo XXI. Hay una consecuencia fundamental del maridaje entre globalización y tecnología: la sociedad que aspira a tener un lugar en el mundo no debe quedarse fuera de las múltiples conexiones y de las nuevas formas de conectividad que sugiere el encuentro. La tecnología y la globalización forjan la asociación que

condiciona los procesos materiales, conecta el mundo y dispone de la novedosa estructura material.

Las consecuencias de las relaciones son múltiples y diversas: afectan a los entramados socioproductivos, los sentidos del trabajo, la definición de qué es la profesión, al empleo, la geografía laboral, las nuevas formas que adquieren la competitividad y la productividad, el poder de la digitalización y la robotización, los sentidos de la fábrica o las vulnerabilidades que desata el poder cotidiano de la tecnología. El éxito del encuentro define y condiciona la nueva época: la cuarta revolución industrial, pronto se hablará de la quinta, que emerge como la carta de presentación del nuevo tiempo.

El impacto en sociedades como la vasca es significativo. La eclosión de estos procesos convive con la historia anterior y con el peso de la tradición industrial clásica, cada vez menor, pero todavía significativo en algunos ámbitos de la vida productiva. Es como si se estuviese creando y gestionando el nuevo proceso de modernización, ajustando los parámetros a los dictados de la revolución tecnológica, gestando nuevos tipos de empleo y trabajadores distintos a los conocidos desde la época industrial clásica. El «mono azul» no está en los espacios productivos, ahora la formación técnica y el conocimiento tecnológico se hacen cargo de las funciones de producción.

La digitalización, junto con la robotización, presiden las nuevas formas de trabajo en la industria 4.0, pero esto no quiere decir que los nuevos procesos productivos no generen disonancias. La más llamativa procede de sectores sociales que constituyen la sociedad auxiliar. Estos quedan fuera de los trabajos técnicos cualificados, ocupan el lugar subordinado en la estructura social segmentada y fragmentada donde el trabajo, para estos sectores, es ser auxiliares de los trabajos mejor remunerados, ocupar las franjas vulnerables de la sociedad con trabajos precarios, peor retribuidos, discontinuos, que no requieren conocimientos cualificados ni producen productos con alto valor añadido. El poder tecnológico fragmenta, divide y clasifica el mundo de otra manera con estructuras sociales diversificadas y dependientes de la posición socioeconómica.

Hay tres hechos que emergen de las encrucijadas que crea la nueva era. Por una parte, el incremento de la desigualdad; la sociedad tecnológica crea marcos sociales que discriminan y fracturan los ámbitos en los que se mueve. La clase media se debilita y el «motor de la historia», la movilidad social ascendente y los mecanismos del ascensor social — la situación en el empleo y la educación, sobre todo —, provocan múltiples interrogantes sobre la posición social ganada o construida con el trabajo y el esfuerzo propios, sobre todo cuando los dispositivos

que genera la idea fuerte de estatus no son obvios ni están sometidos a discusión.

El segundo es la emergencia de la mirada asiática que impacta en la perspectiva occidental. Asia —especialmente China, Japón, India, Corea del Sur, Taiwán, Singapur, Indonesia, Malasia o Vietnam— invaden, con sus productos, inversiones y capacidad productiva, los mercados occidentales. La experiencia asiática demuestra, además, que pueden sostenerse procesos de crecimiento económico sin seguir la senda trazada por los modelos de modernización occidentales. Asia configura la mirada interrogativa y la mitad de la población mundial emerge como la fuerza con trayectorias, procesos y capacidad de mutación, además de competencia, desconocidas para el mundo occidental. Occidente ya no está solo, la mirada asiática compite y pone en circulación procesos productivos, mercados, objetos y tecnología.

El tercer hecho es que la democracia occidental encuentra interlocutores que cuestionan sus fundamentos; el crecimiento de la extrema derecha y los partidos populistas inciden en aspectos precarios de la democracia organizada. Por otra parte, el crecimiento asiático «habla» de otras formas posibles de organización de la diversidad. Las autocracias políticas no son solo formas de gobierno, sino estructuras políticas y de reclutamiento social que funcionan. La democracia organizada tiene que enfrenar tres grandes problemas: 1) la fatiga de materiales; 2) el crecimiento electoral de aquellos que la niegan, y 3) la competencia del modelo político de la autocracia asiática, en pleno proceso de expansión.

La nueva era provoca múltiples encrucijadas porque sus fundamentos, si bien sostienen tradiciones específicas, promueven una manera de estar en el mundo, encontrarse con él y conectarse. Pero la potencia tecnológica, junto al poder desplegado por la globalización, unidos al crecimiento de la desigualdad, la presencia asiática y los interrogantes alrededor de cómo hay que organizar las formas de vida, la cohesión social y el encuentro político de la diversidad se citan, se provocan y promueven el cambio de era.

Las consecuencias afectan a los ámbitos de la vida: la economía, los usos tecnológicos de la vida cotidiana, la organización de los sistemas productivos, el empleo, los sentidos del trabajo, las relaciones generacionales y las transformaciones culturales. El tránsito de la cultura analógica a la digital plantea algunos interrogantes, ocurre lo mismo con las formas de organización del poder político, sobre todo con la concepción de qué es el Estado y qué queda de la nación, cómo asistir a la emergencia de nuevas, viejas y diversas identidades o a la eclosión de Asia.

Todos los procesos, actuando por separado o de manera conjunta, interactúan y provocan nuevas emergencias, formas de conectarse y desconectarse pero, sobre todo, emergen condicionamientos que obligan a «ponerse las pilas» y a no quedarse fuera del poder conjunto que los nuevos contextos, con mejor o peor fortuna, diseminan a lo largo y ancho del mundo. Este es, en mi reflexión, el contexto necesario y las condiciones que explican nuevas formas de estar.

La sociedad vasca no es ajena a esto. Los procesos de modernización, a lo largo de los siglos XIX y XX, crean distintos modelos de industrialización en los territorios que componen la Comunidad Autónoma. La presencia más significativa la aportan la industria siderúrgica —hierro— y la construcción naval —barcos—. A su alrededor se constituye: 1) la industria auxiliar que sirve a los gigantes fabriles de la geografía vasca; 2) el modelo de urbanización con ciudades que incorporen los servicios que requieren —bancos, seguros, servicios de asesoría—; 3) la cultura obrero industrial; 4) la estructura social adecuada para sostener el modelo de desarrollo económico. Bizkaia, Gipuzkoa y Araba exponen tiempos distintos para la industrialización con procesos diferenciados. El resultado es que la CAV se transforma en un emporio industrial a lo largo de los siglos citados —XIX y XX—, promueve un tipo específico de urbanización y la cultura industrial basada en estructuras comunitarias que se reproducen en la medida que la industria se extiende y toma el dominio del territorio vasco.

Las crisis económicas ocurren a lo largo del tiempo e impactan, de manera más o menos radical, en la estructura socioindustrial hasta llegar a la década de los noventa del siglo XX donde el hierro y los barcos ceden la hegemonía detentada a lo largo de más de un siglo y algunos de sus símbolos desaparecen: Altos Hornos de Vizcaya, La Naval, Babcock Wilcox, Patricio Echevarría, Aurrerá, Astilleros Ruiz de Velasco, Astilleros del Cadagua, etc. Lo mismo le ocurre al modelo de ciudad, cada vez menos industrial y más especializada en servicios, con la pérdida del poder socializador de la cultura gestada en esta época, la debilidad de las estructuras comunitarias y el cambio de signo de las dependencias políticas centradas en el espacio que se abre en la Euskadi autonómica y la España democrática.

De la crisis emerge otra industria con raíces en la tradición —máquina-herramienta, manufacturas, automoción, aeronáutica, barcos y hierros—, con predominio de la pequeña y mediana empresa, internacionalizada y renovada tecnológicamente. La industria vasca acoge el doble reto del «matrimonio» que da carácter al siglo XXI: la tecnología y la globalización. Las empresas aceptan el reto: llevan a cabo la política de sistemas abiertos, acuden a los mercados internacionales y en-

cuentran nichos de actividad desde donde crecer y aceptar el desafío tecnológico.

La pequeña y mediana empresa se transforma en el nervio económico de la CAV, internacionaliza la producción y se suma a la revolución tecnológica. Estas son las respuestas que ofrece: la interconexión con el mundo global y la conectividad con las reglas de juego socioeconómicas se imponen en el siglo XXI y demuestran que la perspectiva vasca se une a la sociedad interconectada, abierta, que asume el legado y las tareas que las nuevas conexiones promovidas por la tecnología y la globalización extienden por el mundo.

La sociedad singular, diferenciada, afianzada en la industria y la tradición da un salto, rompe amarras y, sin dejar de socializarse en el juego que le brinda el pasado, encuentra el camino al nuevo mundo, pero, eso sí, basa la inercia creativa en la conectividad, la interconexión y la interdependencia cumpliendo los mandatos básicos del momento: tecnología e internacionalización.

Es, hasta ahora, el punto de llegada de los procesos que se diseñan y los que enseñan el largo camino de la tradición industrial en la segunda mitad del siglo XIX y, que con resultados diversos, llega hasta nuestros días, pero la Euskadi de la tercera década del siglo XXI es distinta y diferente a la de hace décadas. Es heredera de la historia; construye industrias, crea empresas, produce el sistema institucional, emprende como si de su ADN se tratase y penetra en todos los rincones de la sociedad. Por el camino quedan algunas cosas: la incidencia significativa de la cultura obrero industrial. Se agrieta el pasado industrial clásico porque la desaparición de las fábricas tradicionales —siderurgia, naval y minería— deja jirones que tardarán décadas y quizá una o dos generaciones para que se filtre la incidencia tecnológica. La presencia social de los nuevos entornos productivos, la presión cultural y una idea de futuro que no bebe, aunque lo reconozca, del pasado.

La Euskadi del siglo XXI tiene tradición, recursos humanos, sabe qué es emprender, asume la carga de la innovación, se internacionaliza y, mientras se integra en la lógica global, coloca la innovación tecnológica como el «santo y seña» de la renovación industrial. La nueva modernización tiene mucho y poco que ver con procesos industriales clásicos; es la era de la tecnificación, la formación sociotécnica, la competencia en mercados internacionales, la del «antropólogo industrial» que asume al dictado las reglas de oro de nuestro tiempo; hace suyos el valor de lo global y la era de la tecnología, asume las conexiones, la interdependencia, la conectividad que alimenta, mantiene la red del nuevo conocimiento, la praxis industrial que tiene el punto de llegada en la denominada cuarta revolución industrial y en la Indus-

tria 4.0, con los añadidos de la digitalización, la robotización, la automatización y las tecnologías polivalentes.

Estos son rostros singulares de la mutación pero los procesos necesitan miradas que incidan en aspectos significativos; repercuten en el empleo que mantenía a la sociedad industrial clásica, transforma los sentidos del trabajo, debilita su cultura sustituida por culturas híbridas que amalgaman el carácter individualista de las nuevas formas de vida con la praxis masiva y absorbente del consumo y «los nervios a flor de piel» con objeto de alcanzar el éxito asociado a la idea fuerza de estatus. Los éxitos cosechados deben enseñarse para hacer manifiesta la idea de cómo y quiénes somos. En el mercado de valores, el peso de la tradición, la austeridad, el esfuerzo, el trabajo bien hecho, el valor del encuentro en *el tajo* con aquellos que «son como yo», pierde capacidad de penetración social, se debilita en una palabra, queda el recuerdo de lo que fueron la cultura obrero industrial y las estructuras comunitarias. Hoy se respira individualismo e individualidad, prosecución del éxito a través del estatus, estrategias de consumo, vinculaciones sociales débiles más abiertas y con identidades basadas en la recreación del estatus, la individualidad y las estrategias de consumo.

La desaparición de ETA en dos plazos —2011 y 2018— quita dramatismo a las relaciones sociales y políticas, pero las casi seis décadas de historia tienen costes significativos para la sociedad vasca. Tres generaciones de ciudadanos se ven implicadas en el conflicto donde la violencia y la muerte deja sin defensas a miles y miles de personas que viven el drama de estos casi sesenta años con sufrimiento y dolor. El drama no desaparece, pero el final de la organización permite que las relaciones políticas, las conexiones interpersonales y las relaciones generacionales puedan desarrollarse de otra manera. Hubo una Euskadi con ETA y ahora hay otra sin ETA, por más que muchos de los dramas creados continúen esperando respuestas, necesiten explicaciones y diálogos múltiples para digerir los efectos de la violencia, pero que no esté ETA abre posibilidades difíciles de plantear durante la vigencia de la violencia terrorista.

La Euskadi autonómica se acoge al proceso de cambio estructural; la política se rutiniza, pierde dramatismo, lo gana la gestión del denso entramado institucional, se rebaja la radicalidad del conflicto con el Estado, el objetivo de los programas máximos de unos y otros pierde urgencia y desciende la radicalidad de las expresiones. La llegada de la democracia y la institucionalización de los mercados políticos traslada el énfasis de las reivindicaciones a situaciones menos radicales y más pragmáticas. El objetivo es vivir con condiciones materiales cada vez mejores.

El «milagro» que promueve el estado de bienestar atraviesa las paredes de los edificios vascos, la idea y la praxis del bienestar se transforman en el hecho irrenunciable, indiscutido y la fuente de legitimación de los entramados políticos y sociales. El bienestar es el objetivo, el punto de llegada y el componente básico del dosel sagrado que permite perseguir el sueño de que el programa máximo se transforma en el éxito material con el fin de crear el mejor presente y el futuro con rostros, con la promesa de que el programa no se entierre y canalice la pasión si se garantiza el bienestar como dosel sagrado y el sustituto funcional de otras reivindicaciones, en parte rendidas al espíritu de la nueva era.

El pragmatismo democrático ocupa cada vez más espacio y la confianza descansa en el cumplimiento de los mandatos y objetivos institucionales que, al igual que la calidad de vida, son la fuente de seguridad de la ciudadanía. El dosel sagrado integra a lo largo, sobre todo, de las cuatro últimas décadas, las ideas de bienestar, calidad de vida y confianza institucional. En la medida que se impone el proceso, las fronteras del dosel se hacen más fuertes e indiscutibles, funcionan como la promesa que hay que mantener y la parte constituyente del pacto social que los poderes público-políticos firman con la ciudadanía vasca.

La consecuencia es que los objetivos del programa máximo no desaparecen, se desarrollan como proyecto para el mejor cumplimiento del dosel sagrado; la política conocida se subordina a esa idea y a la praxis y los resultados alcanzados mediante el bienestar, la calidad de vida y la confianza institucional. La Euskadi política rutinizaba la praxis institucional, los objetivos máximos desradicalizan las propuestas políticas —no las disuelven— y trasladan las energías creativas a la realización de la promesa que contiene el dosel sagrado.

La identidad sigue siendo el recurso y la llamada permanente, pero ninguno de sus signos y símbolos están amenazados por nadie, fuera de la dinámica general que adquiere la nueva era —es obvio que la globalización habla inglés o chino—, o que la antropología del mundo deja, en ocasiones, en un lugar precario a las sociedades con recursos culturales más locales o limitados, pero la sensación de amenaza procede de procesos que quedan lejos de la presión política inmediata. La globalización es el tren en marcha, tiene estaciones definidas pero, hoy por hoy, ninguna está en Euskadi.

Euskadi constituye el modelo de ciudad del bienestar desde la concepción de ser una sociedad de clases medias con formas razonables de vida, servicios y políticas públicas desarrollados —la educación y la sanidad como fortalezas indudables—, que, aún con debilidades en algunos momentos y coyunturas, son dignas de tenerse en cuenta acen-

tuadas por el proceso, hoy por hoy imparable, del envejecimiento de la población, la pérdida de efectivos en edades más jóvenes y el problemático relevo generacional.

Estos temas son significativos porque definen los retos singulares que describe la Euskadi global conectada con redes mundiales. La transformación demográfica de la sociedad reviste carácter estratégico, la población vasca envejece y las cohortes de edad jóvenes no tienen capacidad demográfica para sostener el proceso de sustitución de la población.

Ambos hechos componen el ciclo donde se ubica el País Vasco, que pregunta sobre los resultados alcanzados en el desarrollo del dosel sagrado. Ocurre con el relevo generacional; el tránsito de una a otra generación, y el lugar que cada una de ellas ocupa no es un proceso pacífico, la generación joven quiere construir el itinerario vital de vida, pero la biografía colectiva necesita recursos y la autopista para moverse por ella. Requiere, por ejemplo, disfrutar de buenos empleos, salarios adecuados, acceso a viviendas, servicios públicos, formación y educación para insertarse en el ciclo productivo pero, sobre todo, seguridad para manejar la idea de futuro y las estrategias vitales de vida. Hoy el relevo generacional no es una labor sencilla, algunos aspectos de entre los citados no tienen la ubicación ni el desarrollo claros. La mutación demográfica y el relevo generacional aparecen como dos cuestiones-desafíos para la sociedad vasca.

No es despreciable, hay que tenerlas muy en cuenta, la inserción en las redes productivas globales; la cuarta revolución industrial impulsa los cambios tecnológicos con nuevas formas de trabajo a las que hay que llegar, aunque a veces la travesía tecnológica no es fácil. A nadie se le escapa que las consecuencias de la transformación estructural no son baratas; las mutaciones de los trabajos, el rol de los empleos, la competencia en los mercados en los que hay que estar o el incremento de la productividad, implican costes en los cambios a llevar a cabo en los modelos socioproductivos.

Los recursos para andar por las autopistas globales son conocidos, pero hay que tenerlos para desarrollarlos y, en ocasiones, no son instrumentos fáciles de alcanzar. Requieren conjuntar formación técnica, innovación tecnológica, innovación social, acceso a mercados nacionales e internacionales, mercadotecnia global, incremento de la cohesión social y mantener las promesas contenidas en el dosel sagrado.

La desigualdad es una de las realidades que favorece la sociedad tecnológica del conocimiento, no promueve más igualdad sino, por contra, fragmenta y divide las sociedades, de tal suerte que no disminuye sino que incrementa la desigualdad. Es esta una cuestión difícil

de atajar por el enorme grado de complejidad y, sobre todo, por la internacionalización de los resultados y las repercusiones que promueve. La disminución global de la desigualdad en algunos continentes —sobre todo en Asia— no es aplicable a otros casos, sobre todo al mundo occidental. La globalización trae desigualdad: unos ganan y otros pierden, dicho de forma descriptiva.

La idea que desarrollo a lo largo de las páginas es que no se puede entender la sociedad vasca si no es desde las múltiples conexiones que mantiene con el exterior; la conectividad es el dato a tener en cuenta, así como la interdependencia y la velocidad de la transformación. Los problemas tienen otros rostros, otra envergadura y otras formas de expresión, pero la respuesta a «¿quiénes somos?» está unida a las preguntas sobre qué queremos y cómo puede alcanzarse. Seguramente viejas recetas, conflictos antiguos o la modernización clásica ceden paso a nuevos contextos, los nuevos problemas siguen otros derroteros y requieren otras autopistas para circular por ellas.

Euskadi erige en las últimas décadas el dosel sagrado que contiene la praxis del bienestar, la calidad de vida y la confianza institucional, también estructuras de seguridad para entender los requerimientos y los recursos de la nueva modernización que mira lo global y encuentra en la globalización y el poder de la tecnología dos contextos desde donde desarrollarse. Se acaban los tiempos de las imposiciones donde se creyó poder controlar los signos de la historia; hoy la sociedad vasca se mira desde las conexiones, las interdependencias de las que disfruta, la velocidad con la que es capaz de construir respuestas a la nueva era; y en la capacidad para asumir los requerimientos están las claves de cómo enfrentar la nueva época. La transformación demográfica, el relevo generacional, la inserción en la cuarta revolución industrial, las mutaciones en el empleo, los sentidos del trabajo, la modernización del sistema institucional o cómo gobernar el siglo XXI indican y señalan cómo es la adecuación al cambio.

El libro lo presento en seis capítulos. En la primera parte respondo a la pregunta que presenta el capítulo: «¿Quiénes y cómo somos?». La respuesta transcurre a través de la mirada a los grandes cambios estructurales que jalonan las últimas décadas del siglo XX y XXI. Hay que mirar al poder y a las mutaciones de la tecnología, y a los efectos que produce; los peligros que plantea la desconexión, salirse fuera del poder de las conexiones. La conexión permite decir «estoy», quedarse fuera es entrar en los territorios de las encrucijadas de las que no se sabe cómo salir y responder sobre lo que depara el destino; hay que acercarse a lo que significa su mirada y los efectos que tiene en el nuevo panorama con el que emerge el siglo XXI. Las características y peligros que gene-

ran las nuevas formas de desigualdad, cómo repercuten en la estabilidad económica y en el orden político del mundo, pero también en los riesgos que padece la democracia que no es el menor de los problemas; la red global inunda la realidad del nuevo mundo y en unión con el poder de la tecnología presentan en sociedad la nueva era.

El resultado es la respuesta a dos preguntas: quiénes y cómo somos, pero no hay soluciones contundentes; se sabe que los nuevos contextos proclaman nuevas formas de interdependencia y la frontera entre estar o no es la delgada línea roja. Estar le coloca ante el aire volcánico, caótico de la nueva era; no estar en tierra de nadie. Las condiciones y los condicionamientos emergen como los contextos que definen algunas conexiones, conectividad y múltiples dependencias. Esta es la hipótesis, el contexto que precisa que lo local no tiene salida sin lo global y sin aceptar los condicionamientos que construye este marco.

La segunda parte penetra en las conexiones y los cosidos de la sociedad vasca. El País Vasco se cita con sus particularidades, se pone en relación con las características más evidentes; hay que pensarse desde algunos cambios con las verdades que nos unen y las «mentiras» que nos atan. A través de ellas, se descubre el impacto de las mutaciones tecnológicas, los modelos socioproductivos, las instituciones, el juego de las relaciones generacionales, los soportes de la gobernanza, la posición ante la innovación y la investigación sociotecnológica. La conclusión es que hay que saber por dónde transita el mundo y dónde podemos imitar creativamente la tensión que se cuele en las páginas de esta segunda parte.

La tercera habla del futuro. Lo abordo desde el análisis de las dimensiones que componen el dosel sagrado. Hablo de estos futuros desde el éxito del bienestar como el ingrediente clave de la idea de futuro; lo analizo cuando se tiene en cuenta la derivada que deposita la calidad de vida en la sociedad vasca o la importancia que adquiere la confianza en las instituciones. Me fijo en dos dimensiones fundamentales: la identidad que asocio a la teoría de las vinculaciones mediante expresiones sin zócalos o definiciones excluyentes. Desarrollo la idea de que la democracia es el factor clave a la hora de proponer el futuro en el momento en que hay que coser y conectar realidades diversas. Los cinco elementos citados —bienestar, calidad de vida, confianza institucional, identidad y democracia— conjugan el presente y el futuro de la sociedad vasca.

En la cuarta parte me detengo en el análisis de la caja de herramientas de la que se dispone para construir el futuro. Hago un repaso al impacto que ocasiona la pertenencia tecnológica; sitúo el debate en el papel de la innovación social unido a las transformaciones que ge-

nera la velocidad del cambio y la importancia de los territorios de las emociones, cuando se sabe que el imperio tecnológico transforma el mundo, le da otra consistencia que cuestiona las divisiones sociales tradicionales como, por ejemplo, la interrelación entre vida íntima, privada y pública, el transhumanismo de la Singularidad o el papel de la inteligencia artificial. Concluyo el capítulo con el análisis del impacto que para nuestra realidad tiene la Covid-19.

La quinta parte se acerca a definir algunos escenarios del futuro. Se cruzan las huellas de la historia con los efectos de la crisis industrial, los retos demográficos, las relaciones generacionales o los valores sociales que direccionan el pensamiento sobre el futuro de la sociedad vasca.

La sexta parte termina con la reflexión sobre cómo nos relacionamos y cómo nos conectamos. La reflexión se organiza argumentativamente desde el papel organizador concedido a las instituciones envolventes e inclusivas de la vida cotidiana.

La conclusión me conduce a una idea básica y central que, a estas alturas, casi es un eslogan: «somos porque estamos». La tesis es que no creo que puedan mantenerse divisiones, discursos o narrativas basadas en realidades empíricas, no ideológicas, que no incluyan la inclusión social. La sociedad vasca es plural, invierte en inclusión y transforma el cambio y las diferencias en claves de la realidad pero, paradójicamente, son las diferencias las que cosen, atan y permiten sostener la base del edificio: «somos porque estamos».